

Falta aceite en Bahía Blanca

Allá por los años sesenta, en la esquina de Colón y Pellegrini había una empresa importante que se dedicaba al fraccionamiento y venta de vino, propiedad de los señores Merlino y Apoliner. Dicen los que se acuerdan que contaba con tres piletas de 10.000 litros cada una, máquina automática de lavado de botellas, encorchadora y etiquetado. Toda una novedad en aquel momento.

- Oiga Merlino, vamos a tener que hacer limpiar la banderola de arriba...Cada vez entra menos luz en la administración – dijo Apoliner, mientras se acomodaba los anteojos - Nos vamos a quedar ciegos de tanto numerito. Ese foquito no alumbraba nada tampoco – Sobre el escritorio pendía de una cadena una modesta lamparita, que se bamboleaba cuando alguien abría la puerta.

La oficina de la administración era bastante lúgubre, era cierto. Quedaba al fondo del salón de ventas y no tenía ventanas, salvo una banderola chiquita que con el correr del tiempo y la altura se había llenado de polvo y no dejaba pasar la luz del sol.

-No se haga problema, en un rato me hago de una escalera y un palo largo y vemos si podemos limpiar la banderola – contestó Merlino, siempre bien predisposto.

- ¿Llegó el diario? – La voz de Apoliner sonaba entusiasmada

- Sí, acá se lo traigo -

La llegada del diario La Nueva Provincia de Bahía Blanca, marcaba el inicio del recreo en la rutina de trabajo, por lo que siempre era una buena excusa. Diario y mate se convertían en la combinación perfecta de una rutina en la que Merlino leía los titulares en voz alta y Apoliner cebaba con la pava manchada de hollín.

-¡Ah la pelota! Escuche esto Apoliner: “Falta aceite en Bahía Blanca”- dijo Merlino, mientras daba golpecitos con el dedo sobre el escritorio.

- ¡Uh! Vamos a estar sonados, acá en Pringles si falta aceite en Bahía. Habría que juntar reservas – Los ojos de Apoliner chispearon, como cuando a alguien se le ocurre una gran idea. - Yo diría de llamar a Buenos Aires, a ver si algún proveedor nuestro nos puede conseguir.-

-Si, si. Urgente- contestó Merlino entusiasmado.

Merlino llamó a la telefonista para que lo comunique con Buenos Aires y acordó con el proveedor de aceite para que le enviara un camión con acoplado. Si el faltante era tan grande como se había imaginado, sería necesaria esa cantidad y se vendería rápido. Solo había que esperar una semana, a que por fin el camión estuviera en Pringles. Los dos socios se regodeaban con el gran negocio que harían, imaginando las ganancias y especulando con las ventas.

-¡Llegó el camión de aceite de Buenos Aires! ¡Ya está acá!- gritó Apoliner desde la vereda cuando vio que la mole se acercaba al local.

Todos estaban emocionados. Había sido una gran inversión, pero sabían que se vendería muy bien por el faltante en Bahía Blanca. Descargaron la mercadería con entusiasmo y mandaron a hacer algunos carteles con un letrista, para llamar la atención de los clientes. Dispusieron tres grandes letreros que anunciaban “Hay aceite a buen precio” ubicándolos en lugares estratégicos: uno en la esquina, otro fuera del local y un tercero adentro, cerca de la caja registradora por si algún cliente distraído no se había percatado de los otros dos.

-¿Y, como vamos con las ventas de aceite?- preguntó Apoliner, fregándose las manos y con una sonrisa de medio lado.

-Demasiado tranquilas, no sé qué está pasando – contestó Merlino arqueando una ceja y con cara de preocupación. Los socios se miraron confundidos.

Pasaron alguna semanas, y las ventas de aceite no llegaban. Solo salían un par de latas por día. Sin dudas, muy alejado de lo que esperaban.

- ¡Ya estoy dudando de la noticia que salió en el diario! ¡Las latas de aceite nos están ocupando todo el salón!- dijo Apoliner pasando apoyado en la gran pila de latas que se encontraban en medio del salón de ventas.

-¡Pero lo decía el diario!...Vas a ver, lo voy a buscar.- Ofuscado, Merlino se dirigió a la pila de diarios sobre la repisa de la oficina y rápidamente encontró el titular. Con asombro levantó la vista y la fijó en Apoliner agarrándose la cabeza, como quien comete un error garrafal.

- ¿Qué pasó? ¿Qué dice? ¿Qué dice? – insistió Apoliner con voz firme y desesperada mientras Merlino se dejaba caer derrotado en la silla de su escritorio.

- ¡Fatal accidente en Bahía Blanca! ... eso dice.Yo leí “Falta aceite en Bahía Blanca” – dijo Merlino con el hilo de voz que le quedaba mientras Apoliner se agarraba la cabeza.

No se sabe si fue la falta de luz de la oficina, el apuro al leer el titular o el afán de hacer negocios, lo cierto es que el “Falta aceite en Bahía Blanca” era nada más y nada menos que un error de interpretación. Merlino y Apoliner tardaron casi medio año en lograr vender todas las latas de aceite que habían comprado de apuro.